

La onomástica en una obra de narrativa infantil contemporánea

José Rasero Machacón

La literatura infantil es una disciplina reciente que asoma con timidez en los ámbitos educativos pero con extraordinaria pujanza en los mercados editoriales. Este desequilibrio ocasiona no pocos malentendidos y, en algunos casos, favorece la aparición de lamentables fraudes por parte de algunas editoriales, más atentas al beneficio económico que a la calidad del producto o a su adecuación al destinatario.

Nos parece que la Literatura Infantil necesita más que cualquier otra disciplina una rápida intervención de investigadores dispuestos a clarificar toda una serie de aspectos que contribuyan a definir su naturaleza y los distintos campos científicos con ella relacionados.

Porque, efectivamente, muchas son las disciplinas relacionadas con la Literatura Infantil y, por lo tanto, muchas son las zonas de conflicto que necesitan rigurosas precisiones científicas, y pacientes investigaciones por parte de todos los implicados.

Olvidémosnos por el momento de la inicial polémica planteada, entre otros, por Rafael Sánchez Ferlosio en su prólogo a la traducción española del Pinocho de Collodi(1), donde niega la posibilidad de la existencia de la Literatura Infantil. No sea que nos suceda con ello lo mismo que con la Traducción, que es para muchos autores, desde el punto de vista teórico, una ciencia imposible, mientras que la práctica de la misma nos demuestra su existencia desde hace ya muchos siglos.

En el terreno de la literatura infantil, repito, son muchos los ámbitos científicos que con ella se relacionan. Así, si nos detenemos en la Literatura Infantil de origen popular será necesaria la colaboración de los antropólogos que definan su relación con los Mitos y Ritos de la antigüedad, así como el proceso de su transmisión oral y su fijación posterior en lo que hoy conocemos como cuentos populares.

Desde el campo de la Psicología también será necesario prestar una mayor atención a la adecuación que ha de producirse entre los intereses y el proceso evolutivo del niño y los contenidos que puedan ofrecer las obras a él destinadas. Será igualmente oportuno investigar en el terreno iniciado por la Psiquiatría y, de la mano de Bruno Betelheim, profundizar sobre el valor ya indiscutible de los cuentos de hadas en la estructuración de los elementos inconscientes de la personalidad del niño.

La lingüística, finalmente, también deberá poner todo su bagaje de ciencia tradicionalmente acreditada y contribuir al esclarecimiento de toda una serie de cuestiones referidas a la Literatura Infantil. Tendremos que empezar a trabajar en la investigación de la lengua, profundizando en parcelas que con el paso del tiempo compongan un marco capaz de ofrecer una visión que hoy por hoy no se tiene(2).

La comunicación que les presento se sitúa dentro de este último marco de investigación y pretende ser una modesta aportación al conocimiento de un determinado aspecto de la narrativa contemporánea dedicada al público más joven: la onomástica

Onomástico, -a: (del griego «onomastikós»; 1.- De [Del] *nombre o de [de los] nombres de persona « Particularmente, del «nombre de pila». 2.- *Tratado de los nombres propios*(3).

Múltiples han sido las definiciones que se han dado del sustantivo, de acuerdo con la perspectiva desde la que sea considerado; según que atienda a la forma, a la función que cumple en la cadena hablada o de acuerdo con el significado

que soporte. Quizás sea el segundo aspecto el que mejor sirve para diferenciarlo de otras partes de la oración, en cuanto el sustantivo es siempre el centro del sintagma nominal ya que es el único que incide sobre sí mismo, puede ser modificado pero no modificador.

Si en todo signo lingüístico la relación significante - significado es arbitraria, es en el nombre propio donde mejor se observa esta particularidad de la lengua; y es también el nombre propio el que mejor demuestra que la lengua es un hecho social, particularmente si se trata de nombres de personas, tanto que si para el denominado nombre común no hay que ponerse de acuerdo de forma tácita, pues ya la sociedad se encarga de aceptarlo o rechazarlo, el nombre de las personas necesita el respaldo de la propia ley, precisamente por su inestabilidad. Es el nombre de las personas el más social de la lengua, tanto que necesita de un acto comunitario cada vez que un individuo es presentado en una colectividad, y tan inestable que a lo largo de su vida el individuo suele responder a distintas denominaciones, cuando no lo hace de por vida con otra distinta a aquella con que fue inscrito y figura legalmente en el Registro Civil en el momento de su nacimiento (pregúntesele si no a los Josés).

Veamos algunos de estos aspectos y otros no citados a través del estudio de la onomástica(4) realizado en el libro de Carmen Vazquez-Vigo, *Caramelos de Menta*(5).

La autora trata de reflejar las vicisitudes de una pandilla de barrio(6) envuelta en un conflicto al romperle al huevero de la zona no sólo la mercancía sino también el toldo que resguardaba su tienda del sol y la lluvia, con lo que tendrán que ingeniárselas para recaudar el dinero y poder reparar el estropicio. Todo ello se ve animado por la pandilla antagonista: «...pelos revueltos, ropas cuidadosamente apañadas, caras traviesas...», encargados de que la operación salga fallida. Por supuesto que un perro es imprescindible en este tipo de acción, y Dragón(7) desempeñará un papel importante. De la importancia del papel ejercido por el perro nos puede dar una idea el que su nombre aparezca en la obra 87 veces, muchas más que personajes importantes en el desenlace de la operación.

Hemos dicho que la forma más aceptable y aceptada de definir el sustantivo es precisamente la función primaria que desempeña en el discurso como elemento incapaz de incidir sobre los demás y por tanto ineficaz para modificarlos. Si esto es así, lo normal es que cumpla la función de núcleo del sujeto, y es precisamente el nombre de persona en el que mejor se puede observar este aspecto. En la literatura infantil, donde el nombre propio cumple sobre todo la función apelativa del lenguaje, de llamada de atención del joven lector, este tema se magnifica, se sobredimensiona.

En el caso que nos ocupa, de los 786 textos recogidos donde aparece un nombre de persona, 582 son precisamente núcleos del sujeto, es decir el 74'04 % de los casos registrados, apareciendo el sustantivo en todas las disposiciones posibles:

«Pepito le dirigió una mirada despectiva» (pág. 18)

«Lo hicieron, utilizando cordones de cortina y tiras de tela que Amelia guardaba en un cajón» (pág. 30)

«Esta es Queti» (pág. 29)

«...afirmó Queti en un generoso arranque de solidaridad» (pág. 36)

«Eran Toño, Leo y Moncho, justo lo que Pepito temía.» (pág. 66)

Y si decimos que el nombre del personaje cumple esa función apelativa, de llamada de atención, de flash, en el sujeto al que nos estamos refiriendo figurará por encima de los demás el personaje o personajes protagonistas. Y así, el número de veces que aparece el nombre del personaje será un magnífico indicador de la importancia que el mismo desempeña en la obra, de tal forma que sirve para definir al personaje. Ese número estará en función de la importancia que el autor dé a ese personaje; y al contrario, de acuerdo con la importancia que el personaje tenga así será el número de veces que aparecerá su nombre en la obra. Al menos esto es lo constatado en la obra en estudio. De la siguiente forma:

Pepito, personaje principal, aparece en 193 ocasiones, más otras cuatro que lo hace bajo la denominación de Pepe.

Curro aparece en 114 ocasiones y por lo tanto a una gran distancia del verdadero protagonista de la acción

Quique aparece en 101 ocasiones

Chino aparece en 95 ocasiones,

que son los cuatro personajes que componen fundamentalmente la pandilla principal y donde el personaje estrella sobresale con mucho sobre el resto de los componentes de la misma.

La pandilla opuesta, la adversaria, la antagonista, tiene también un personaje fundamental, Toño, que aparece en 76 ocasiones, que como se puede observar es menor que cualquiera de los personajes de la primera, seguido por otros personajes de menor cuantía como son

Leo.....19 veces

Moncho..... 13 veces

Manolo.....10 veces,

que son incluso superados por personajes secundarios o complementarios de la pandilla protagonista, como Amelia, madre de Pepito, que aparece 22 veces o Queti, componente femenino del grupo, que aparece en 21 ocasiones y por supuesto el perro que como ya hemos dicho lo hace en 87 ocasiones.

He aquí la nómina completa de los personajes que aparecen en la novela:

Agustín	Leo
Alejandro	Manolo
Amelia	Miguel
Chino	Moncho
Clara	Nati
Curro	Pepe
David	Pepito
Enriqueta	Pili
Espartaco	Queti
Goyo	Quique
Hilario	Rita
Isabel	Toño
Joaquín	Trini
Virtudes	

En total, veintisiete nombres de personas.

El resto de las funciones que desempeñan los sustantivos propios en la obra de Vázquez-Vigo es el siguiente:

- Complemento del nombre 101 registros, lo que supone el 12'84 % del total, como en
 - «Alarmadas por el ruido aparecieron Amelia y la tía de Queti» (pág. 35)
 - «La mirada y la voz de Manolo eran más feroces que...» (pág. 105)
- Complemento directo, 15 registros, lo que supone el 1'9 % del total, como en
 - «Conocían al Manolo muy bien y sabían que...» (pág. 15)
 - «Inclinados otra vez sobre la barandilla vieron un tremendo agujero en el toldo. . . y a través de él a don Joaquín.» (pág. 35)
- Complemento indirecto, 46 registros, lo que supone el 5'85 % del total, como en
 - «A este paso le pagamos a don Joaquín en un soplo.» (pág. 80)
 - «Se quedaron perplejos, sin comprender cómo se le ocurriría a Miguel de Cervantes Saavedra empezar su libro de la misma manera que Toño su ejercicio de redacción.» (pág. 102)
- Complemento circunstancial, 24 registros, lo que supone el 3'05 % del total, como en
 - «...se acercó a Toño y le propinó una bofetada.» (pág. 16)
 - «Una curiosa procesión encabezada por Pepe con su chaquetilla tiesa y la bandeja en alto.» (pág. 85)

-Vocativo, con 18 registros, lo que supone el 2'29 del total, como en

«¡Que voy a la escuela, don Hilario! (pág. 81)

«¡No, no se preocupe, doña Virtudes - dijo Pepito; pero, por si las moscas, sujetó al perro.» (pág. 41)(8)

Si llamativo es el número de nombres de personas, no lo es menos el que todos aparezcan modificados. Pocos figuran con el nombre de pila cuando de niños se trata, pues las personas mayores aparecen no sólo con su nombre original, sino incluso con el correspondiente tratamiento. Y así el maestro será don Agustín; la madre será Amelia y la amiga de la madre doña Virtudes; al igual que el tendero cascarrabias será don Joaquín.

Por el contrario, los chicos serán nominados mediante hipocorísticos(9) o en algún caso mediante un apelativo, que la autora se encarga de aclararnos: «como nombre que se da a alguna persona además del que lleva legalmente, generalmente aludiendo a alguna cualidad o circunstancia suya»(10), algunos de los cuales llevan la correspondiente explicación por parte de la autora:

«Más que ninguno el Chino, llamado así por sus ojitos pequeños y algo oblicuos, que era un as en eso del chut y de la finta.» (pág. 10).

El siguiente esquema resume lo dicho:

Personas mayores	Niños		
	Nombre legal	Apelativo	Hipocorístico
Agustín (don)	Rita	Chino	Curro
Alejandro (Magno)			Goyo
Amelia			Leo
Clara (doña)			Manolo
David (Copperfield)			Moncho
Enriqueta (tía o doña)			Nati
Espartaco			Pepe
Hilario (don)			Pepito
Isabel (reina)			Pili
Joaquín (don)			Queti
Miguel (de Cervantes)			Quique
Virtudes (doña)			Toño
			Trini

Quizás merezca una pequeña consideración el observar que los nombres de los niños presentan una mayor riqueza expresiva, una mayor variedad en su forma: Curro, Quique, Moncho, frente a los de las niñas, que curiosamente todos tienen la misma terminación: Queti, Nati, Pili y Trini; aparte que la novela es, efectivamente, una novela de niños, primero porque estos están en franca mayoría, diez, frente a las féminas, que son cinco, pero además porque el papel asignado a las niñas en el desarrollo de la trama argumental es el de meras auxiliares, elementos complementarios que aparecen cuando conviene para completar el cuadro.

Por último, considero necesario hacer las siguientes precisiones:

Primera, que la repetición del nombre propio está en función de la tensión del momento, es decir que a mayor tensión dramática mayor es el número de veces que aparece el nombre del personaje, especialmente del personaje principal y así, según puede verse en el anexo II, el nombre Pepito aparece en cuatro ocasiones con mayor profusión que en el resto de la obra: en la pág. 25, donde se produce una trifulca familiar entre el protagonista, su madre, una amiga de ésta y el perro que es el que organiza el lío; en la pág. 48, en la que se nos narra la preparación por parte de la pandilla principal de una pelea con sus enemigos; en la 62, donde se nos narra la conversación entre las dos bandas para celebrar un partido previamente amañado; pero sobre todo en la página 86, donde el nombre del protagonista aparece en seis ocasiones y donde se nos cuenta cómo el grupo estrella humilla a sus oponentes, es decir, es el momento cumbre de la narración(11).

Segunda, aunque esta es intuitiva y habría que estudiarla más detenidamente, que el número de repeticiones de los nombres de personas está en razón inversa de la edad, es decir que a menor edad del sujeto-lector mayor es el número de veces que se repiten los nombres de los personajes. Un ejemplo magnífico de lo que decimos es el libro de Consuelo Armijo,

Los batautos(12), donde los nombres de los dos personajes principales, Peluso y Buu, aparecen escritos cerca de mil veces a lo largo de la obra.

Tercera, que pudieran ser rasgos estrictamente lingüísticos como los citados en este trabajo: la reiteración, la apelación, la función del nombre propio en el discurso, etc., los que logren aportar un punto de luz al esclarecimiento de la naturaleza y definición de la literatura infantil a que nos referíamos al principio de este trabajo; claro está, que sin olvidar ni mucho menos otros tan importantes como pudieran ser la perspectiva del autor, la forma que toma el mensaje o el contenido de la obra.

(1) COLLODI, Carlos. *Las aventuras de Pinocho*. Madrid, Alianza Editorial, 1972.

(2) La presente introducción fué escrita por don Enrique Barcia Mendo, profesor de literatura infantil de la Universidad de Extremadura.

(3) MOLINER, M. *Diccionario de uso del español*. Madrid, Gredos, 1977

(4) Para bibliografía sobre el tema, véase ARIZA VIGUERA, M. *Intento de bibliografía de la onomástica hispana*. Cáceres, Universidad de Extremadura, 1982.

(5) Madrid; SM; 1989. Fue premio Doncel de Novela Juvenil 1971-1972 y premio Lazarillo 1973.

(6) «No era feo ni tampoco bonito. Nuevo, sí. Se notaba que todo acababa de hacerse: las casas blancas, de tres o cuatro pisos, iguales unas a otras. . . De tanto en tanto un solar, como promesa de edificios ms importantes; pero, por el momento, sólo se veía lo que puede hacerse de prisa y con escaso dinero..» (pág. 7).

(7) Es el único momento a lo largo de toda la acción en el que los chicos se ven en la necesidad de dar nombre a algo y siguen para ello las normas clásicas de la significación como proceso mental por el que se asocia el concepto del objeto, en este caso el perro, a la imagen acústica del signo lingüístico, Dragón, es decir el tanteo, el debate, la discusión: Bobby, Sarita y al final queda con el de Dragón, que es «...un nombre de perro valiente, que no se deja asustar así como así, que lucha sin cansarse!» (pg. 19). Véase sobre este tema *Lingüística moderna y filología hispánica*, de Bernard Pottier, Madrid, Gredos, 1976, especialmente los capítulos nueve al once.

(8) Un gráfico de lo dicho puede verse en el anexo 1.

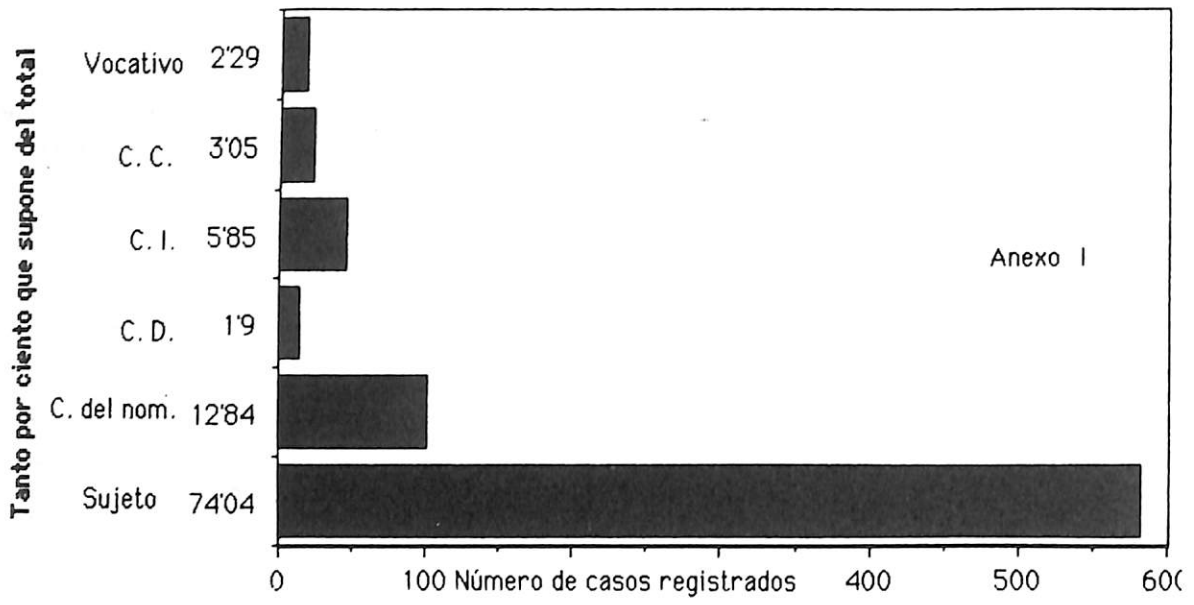
(9) «Dícese de los nombres que en forma diminutiva, abreviada o infantil se usan como designaciones cariñosas, familiares o eufemísticas». R.A.E., *Diccionario de la lengua española*, 20ª. Edición.

(10) M. Moliner, ob. cit., pág. 211.

(11) Véase el anexo II.

(12) Consuelo Armijo: *Los batautos*, Valladolid, Miñón, 1986.

Anexo I



Anexo II

